

La joven movió la cabeza con disgusto y dijo:

—¡Casarme con él! ¡Con Bernardo Chavarux! ¡Preferiría entrar en un convento para no salir jamás!... ¿Pero qué debo hacer?...

Y en aquel momento la imagen de otro que no había hecho más que entrever, atravesó por su mente, y una sonrisa vaga y triste iluminó su rostro.

Aquella imagen era la del hermoso Raimundo de Caylus.

Pero aquel hombre, ¿que podía ser para ella?

IV

La vida íntima

Claudia Rognat, esposa de Chavarux, era una mujer ordinaria, aunque no carecía de los encantos propios de las mujeres del campo. Su mayor defecto era la avaricia.

La de las gentes de Auvernia es encarnizada y tenaz.

Está lejos de nosotros el pensamiento de molestar á aquella raza valiente, enérgica y laboriosa.

Claudia Rognat, tenía una disculpa, como la tienen la mayoría de sus compatriotas.

La miseria de su infancia.

Se acordaba del sitio de su nacimiento, una choza construida en la vertiente de Puy-Ferrand, donde sus padres guardaban ovejas, siendo criados de otro ciudadano de Auvernia, voraz y ambicioso.

Aquella cabaña era como la que debieron

habitar los habitantes de los primitivos tiempos, en que los hombres, las ovejas, las vacas y los perros vivían juntos.

Los más miserables en este conjunto son los hombres.

Claudia se acordaba de sus primeros años, cuando aún era muy pequeña, no teniendo más que harapos para cubrirse, descalza, corría como los rebaños que su padre guardaba por entre rocas y bosques, expuesta á perderse ó á rodar á un precipicio ó á ser devorada por los lobos.

Estos accidentes ocurren con frecuencia.

No teniendo por todo alimento más que un pedazo de pan tan negro como un carbón y tan duro como una piedra, que tenía que mojar en el agua de los arroyos para no estropearse la dentadura.

Un día la casualidad se había mezclado en su vida.

Había crecido.

Desde su cabaña había ido á Champeix y de Champeix á Royat, para servir como criada y con un salario de diez francos mensuales. Era viva y guapa.

En Royat un notario que estaba allí en vacaciones la había visto en el hotel, muy modesto por cierto, donde vivía, comprendió que necesitaba una criada y la propuso la plaza.

Ella no reflexionó mucho tiempo.

El notario era soltero.

Esta consideración la decidió.

Aceptó en seguida.

De este modo fué como entró á servir al señor Pilet-Desbuttes.

Ya saben lo demás.

Los cálculos de la joven no debían fallar.

El señor Pilet, sin desembolsar un céntimo de su fortuna, á la que quería más que á la médula de sus huesos, la había casado, enriquecido y continuaba protegiéndola con su ayuda y con sus consejos.

Gracias á él, la barca de los Chavarux vogaba hacia la fortuna viento en popa.

Pero era preciso salvar los peligros y no naufragar cerca del puerto.

Chavarux hijo, al desear casarse con la pequeña, perseguía un doble fin.

Primeramente, olía una opulencia misteriosa, una riqueza que caería de las nubes sobre aquella criatura del amor, cuyo sostenimiento habían pagado con tanta largueza.

Tenía allí un tesoro que no había de ceder á nadie.

Después aquella joven era encantadora.

No inspiraba amor, en el sentido elevado de la palabra, al hijo de los Chavarux. Era incapaz de sentirlo.

Pero le hacía experimentar una pasión abrasadora, complicada con unos celos terribles, nacida desde el día en que los señores de Caylus habían empezado á visitar el castillo.

Aquella era la chispa que había prendido la pólvora.

El hijo y la madre estaban acordes para llevar á término aquel negocio.

La madre veía también en el porvenir prosperidades desconocidas para aquella niña que la había sido entregada en tan misteriosas circunstancias.

Pero no era de las que se contentan con esperanzas; quería tener seguridad.

¿Y quién podía dársela?

El señor Pilet, su amigo.

Había, pues, decidido el ir á hacerle una visita.

Al día siguiente, muy de mañana, la yegua blanca estaba enganchada al carrujito, y la señora Chavarux, con las riendas en una mano y el látigo en la otra, tomó el camino de Vichy.

No había querido que su marido la acompañase.

—Quédate; tienes mucho trabajo. No hay nada arreglado, y el amo está al llegar con algunos amigos.

Era verdad.

Jorge de Caylus, acompañado de sus convidados—los Chavarux, entre ellos, decían de su cuadrilla,—podía llegar de un momento á otro.

Chavarux había consentido, no sin decir antes que no le gustaban las visitas de su mujer al señor Pilet.

Cuando podía no dejaba de dirigir á su mujer alusiones más ó menos directas á su pasado.

—Hay gentes que saben, según cuentan, cosas muy raras. El señor Pilet es amigo tuyo, pero sus motivos tiene... ¡Si las paredes de su casa pudieran hablar, mucho tendrían que decir!

Generalmente las riñas entre los dos esposos no eran largas ni serias, porque el marido las terminaba haciéndose esta reflexión:

—Y menos mal que se saca algo.

Claudia le miraba con lástima, se encogía de hombros y se marchaba.

Aquella mañana no le había escuchado siquiera.

No pensaba más que en sus proyectos. Las circunstancias eran solemnes y debían decidir del porvenir.

Se prometía poner las cosas muy en claro con su antiguo amo, y hasta poner los puntos sobre las íes.

En el fondo estaba muy nerviosa.

• ¿Qué la contestaría el señor Pilet?

Se trataba de arrancarle algunas plumas, y la operación era difícil con un pajarrao de su especie.

En vez de dejar trotar pacíficamente á la yegua, Claudia la sacudía de cuando en cuando sendos latigazos; la tiraba de las riendas y la animaba con palabras.

Hubiera querido llegar volando á Vichy.

Pero la yegua blanca era testaruda, y á pesar de las golpes que llovían sobre su lomo, no salía de su paso ordinario; así es que no llegó á Vichy hasta las diez.

Claudia no paró mucho en la posada donde dejó el carruaje.

En dos saltos se plantó en la casa del notario.

Cuando entró en el estudio no se tomó ni siquiera el trabajo de abrazar á su hijo, que se hallaba ocupado en hacer un borrador en un pupitre muy sucio, y le preguntó:

—¿El señor Pilet?

—En su despacho.

—¿Solo?

—Sí.

Se dirigió á la puerta, la abrió sin llamar y se encontró en presencia de su amo.

Estaba sentado en el sillón donde la condesa de Arvil le había encontrado una noche, diez y ocho años antes.

Los muebles viejos, á los cuales no se les da mal trato, tienen larga vida.

El despacho no había cambiado, el notario tampoco:

El señor Pilet estaba un poco más calvo, un poco más seco y un poco más apergaminado. lo mismo que su despacho estaba más polvoriento, más sucio y más bajo de color.

Estos son detalles que inspiran gran confianza á las gentes honradas de provincia.

El verde del papel era casi blanco, el piso de tablas de castaño. estaba desunido y comido de carcoma, los armarios llenos de polvo de un color indefinido y que ningun plumero limpiaban.

Un olor mohoso flotaba en el aire humedo de aquel antro de la avaricia y de la usura, para no decir más.

El señor Pilet Desbuttes, en medio de sus papelotes, parecía á un ser del siglo pasado, conservado por milagro entre aquellas antigüedades, con su gorro y su interminable levitón.

Al ver á su antigua criada que asaltaba su despacho con tanta vivacidad, no se movió de su sitio.

Tan solo hizo un gesto con la mano, ordenándola que cerrara la puerta.

Inútil precaución.

Claudia había cumplido la orden antes de recibirla.

Llevó el sillón destinado á los clientes cerca de su amo y se sentó.

—¿Qué te trae por aquí?—preguntó el notario.

Claudia estaba sofocada á consecuencia de la carrera, y balbució solamente tratando de serenarse.

—Esperad... Voy á decíroslo... Cosas...

—¡Graves!

—Muy graves.

—¿Se trata?

—De la señorita... Ya comprendereis que debía suceder el mejor día.

El señor Pilet no pestañeó.

Estaba tranquilo.

La condesa de Arvil había muerto.

La mujer de confianza que le acompañaba en su viaje á Vichy había sufrido la misma suerte.

Lo que se había dicho entre aquellas cuatro paredes, no tenía ni testigos ni pruebas.

Los sucesos que pudieran sobrevenir no le inquietaban.

Era el único que podía dirigirlos á su antojo.

Así es que contestó con esa impasibilidad del mármol que nada conmueve.

—¿Qué cosas? ¿Han venido acaso á reclamarla.

—No.

El notario dió un suspiro de satisfacción.

Claudia había vuelto ya á su estado normal.

Fijó sus agudos y pequeños ojos, por decirlo así, en los del notario y le dijo:

—Se trata de mi hijo, de Bernardo, ya sabéis. Pudiera decir mejor de nuestro...

El la detuvo con un gesto.

—Bueno, sí, está bien.

Claudia continuó:

—Estad tranquilo, no quiero molestaros... Pero de todos modos ya sabéis... Chavarux no está exento de razón cuando gruñe... Lo que le ocurre muy á menudo.

—¡Es un bruto!

—¡Estoy conforme!

—¡Un imbécil!

—¡Oh! ¡oh! no tanto como parece.

Y añadió:

—¿Tiene dudas?

—¡Bueno, bueno! ¿Qué más? Dices que se trata de Bernardo.

—Sí.

—¿Qué ocurre?

—Lo que tenía que ocurrir.

—Ya has dicho dos veces lo mismo.

—¿Ya comprendéis?

—Ni palabra.

—Pues no es muy difícil, sin embargo... La señorita ha crecido... Todo el mundo dice y vos lo apoyáis, que la señorita es hermosísima.. Bernardo, que es tonto, ha caído como un necio. Está enamorado de ella.

—¡Bah!

—Pues es tal y como os lo digo.

—Bernardo enamorado... No hubiese podido suponer jamás una cosa semejante...

—¿Y por qué?—dijo molestada Claudia.

—Creía que como todos los Chavaraux, tan solo podía amar al dinero.

Claudia tenía siempre la contestación dispuesta.

En seguida se desquitó de la ironía de su amo.

—Creo que á vos también os gusta el dine-

ro... Y sin embargo, al mismo tiempo no habéis dejado de apetecer otras cosas... ¡Ya sabéis!

El Sr. Pilet, con gran calma, dijo para tranquilizarla.

—¡Bueno, bueno! De modo que pretendes que ese mochuelo de Bernardo se ha enamorado de la muchacha.

—Perdidamente, y no por eso es mochuelo —dijo más enfadada aun.— No habéis querido nunca á Bernardo, y eso no es natural... Si yo quisiera hablar...

—Es inútil... ¡Basta! Pues bien, no veo nada de particular en lo que me cuentas... De modo que la chica le agrada.

—Ya lo creo, y á vos también os agradaría... si fuereis hoy como el día que os conocí... ¡Ya sabéis!...

Y añadió riéndose:

—Pero ya ha caído agua desde entonces.

—Es posible... ¿Pero ella le quiere á él?

Claudia saltó en su sillón.

—¡Caramba! no hay necesidad de ser tan sabio como un juez ó un doctor para comprender que un muchacho tan guapo como él, que se casaría con la muchacha que quisiera escoger en el país, teniendo, como tiene, cincuenta mil francos y que dentro de poco será notario, vaya á no gustar á una bastarda como ella. Se considerará muy dichosa si puede encontrar uno que no la disguste y que no mire las cosas muy de cerca.

—¡Bien, bien!—dijo el señor Pilet con el mismo acento de tranquilidad.—He comprendido... De modo...

—De modo que puesto que ese es un capri-

cho del muchacho—prosiguió la mujer calma- da de repente—creo que no debo oponerme de ningún modo, á no ser que... que...

—¿Qué?... —preguntó el notario.

—Que los padres de la bastarda no la hayan desheredado por completo; en una palabra, que no tenga nada...

El señor Pilet se rascó la punta de la nariz y se mordió los labios.

Claudia continuó diciendo con animación:

—No se puede tampoco sacrificar una posición por unos amoríos. ¡Los estudios se hacen á fuerza de oro! Es preciso escudos... A mi se me ha puesto en la cabeza que mi hijo sea notario... Y será notario como su...

Iba á decir como su padre, pero no terminó la frase.

—No lo digo por no contrariaros. ¡Pero ya sabéis!... ¿Verdad?... He venido á consultaros... Estáis al corriente del asunto...

Y de repente planteó la pregunta capital á su antiguo amo:

—¿Qué tiene la muchacha?... Dedidlo al céntimo... Sin dar vueltas... Es preciso saberlo.

La respuesta fué categórica.

—Nada.

—¡Vamos!

—Ni un céntimo.

El anciano hizo chasquear una uña en sus largos y amarillentos dientes.

—Ni esto.

Claudia Rognat, esposa de Chavarux, permaneció un momento anonadada, después de lo cual murmuró.

—Es raro. Yo hubiera creído... Pensába...

—¿El qué?

—Que unas gentes tan ricas que pagaban la pensión y todo lo demás, sin regatear...

El notario le explicó con cariño.

—Si, pero ocurren accidentes en la vida... suceden cosas en las cuales no se había pensado... Las gentes se arruinan ó se mueren de repente... En una palabra, no he oído nunca hablar nada... Los fondos que me habían entregado se han gastado... hace mucho tiempo... He querido poner á la muchacha en disposición de poderse ganar la vida, pero francamente no puedo seguir tirando el dinero por una persona, que después de todo, me importa muy poco ó nada.

Claudia reflexionaba, repitiendo:

—Muy justo... Es natural.

Se hallaba bajo el peso de una gran decepción.

Pero de repente, habiendo encontrado el hilo conductor:

—Decidme, señor, y es una suposición... Si la pequeña no os interesa, no podéis decir otro tanto de Bernardo... ¡Ya sabéis!...

El señor Pilet pegó con el corta-papel sobre una mesa y dijo con acento de descontento:

—¿La conclusión?—dijo con sequedad.

—Es esta. Una buena idea que se me ha venido lo á las mientes esta noche.

—Véamosla.

—No dejaríais casarse á Bernardo sin hacer algo por él, ¿verdad? La razón ya la conocéis, señor Pilet. Quizás os propongáis ir á él directamente y decirle: «He aquí tu dote; yo te la doy.» Pero entonces Chavarux, que no tiene telarañas en los ojos, nos diría una porción de cosas... Y ya estoy harta. Mientras que, si por

el contrario, hacéis un regalo á la joven, la cosa pasa como una carta por el buzón de correos... ¡Ni visto, ni oído! Y después, por mi palabra de honor, no os vuelvo á hablar más de ello... ¡Qué! ¿está mal pensado?

El notario se tranquilizó.

Era de la opinión de su antigua criada.

Se había hallado un medio.

—¡Caramba!—exclamó.—¿Sabes que tienes más talento que catorce?

—Nunca habéis tenido que quejaros de mí... He sido discreta... Y lo seguiré siendo el resto de mis días. Pero esta discreción bien merece una recompensa. Dádsela á la señorita para que la lleve de dote á Bernardo... Y todo estará arreglado.

Claudia se expresaba con gran dulzura.

Tenía razón. Era un arreglo que podía dejar satisfechos á todos.

El señor Pilet se lo decía á sí mismo:

—¡Sea!—dijo.—¿Cuánto quieres, Claudia?

—Lo que queráis.

—No, habla tú.

—Es que temo enfadaros...

—¡Diablo!

—Después de todo sois muy rico.

—Exageraciones... pero en fin, di...

—No, vos.

—No.

Claudia se decidió y dijo:

—Sesenta mil francos.

—¡Oh! ¡Sabes que no te quedas corta, hija mía! ¡Vaya una manera de echar por esa boca!

—Lo que cuesta un estudio de notario en el campo... Es preciso que Bernardo sea notario como su...

—¡Chist!... Reflexiona. Creo que nos entenderíamos con la mitad.

—¡No, no y no!... ¡Sesenta!... ¿Qué es eso para vos? Yo haré cuanto queráis... ya sabéis... acordaos... No habéis tenido nunca en vuestra casa quien os sirva mejor que yo... y si me casé con Chavarux fué por agradaros, porque á mí ya sabéis...

Claudia movió la cabeza é hizo un gesto como si se tratase de tragar una droga nauseabunda.

El señor Pilet permaneció un momento silencioso.

Indudablemente algunos gratos recuerdos se agolparon á su memoria.

Quizás también los remordimientos del abuso de confianza que habia cometido y que quería llevar hasta el fin, privando á la desgraciada abandonada de la pequeña fortuna que su abuela habia creído colocar tan bien para ella, influyesen en parte en la facilidad con que cedió á los deseos de su antigua criada.

Algunas infamias son muy pesadas de llevar hasta para las conciencias menos escrupulosas.

El notario cogió un lápiz y trazó en un papel algunas cifras.

La señora de Arvil le habia entregado más de ciento cincuenta mil francos.

En dieciocho años, con el alza de los valores desde la nefasta guerra de 1870, aquel capital se habia duplicado.

Los intereses acumulados hacían subir el total á unos cuatrocientos mil francos, de los cuales apenas si habia gastado unos treinta ó

cuarenta mil por la educación de la joven.

Dando sesenta como dote á la pobre muchacha, obtenía un beneficio de cerca de trescientos mil francos.

Juzgó que la tranquilidad de su conciencia exigía aquel sacrificio.

—Sea—dijo.—Tendrás lo que pides... Pero supongo que no me volverás á molestar. ¿De seguro que con esto no contabas?

Claudia no podia dar crédito á sus oídos.

Repetía con ansiedad temiendo no haber sido comprendida;

—¡Sesenta mil!

—Sí.

—¿De seguro?

—¡Cuando yo te lo digo!

Entonces, en un delirio de entusiasmo, se abrazó al cuello del notario y le dijo:

—¡Yo que te creía tan avaro!... ¡Eres tan bueno, tan generoso!

—¡Silencio!

La rechazó cariñosamente, con dulzura, contento de ella y de sí mismo; de ella porque acababa de encontrar el medio de conciliar sus intereses con la sombra de aquel deber que estaba decidido á no cumplir, y de sí mismo, porque se resignaba sin esfuerzo á un sacrificio tan duro para un hombre que no habia tenido más que una verdadera pasión, el dinero.

—Y ahora, vete—dijo levantándose y acompañándola hasta la puerta.—La entrevista ha durado demasiado.

Pensaba en sus escribientes que están siempre dispuestos á criticar al amo.

—¿De modo que es cosa convenida?

—Sí, sí.

—¿Sesenta mil?

—Sí... como dote y solo en caso de casamiento... ¡Si no hay boda nada!

—Tanto mejor. Se verá obligada á aceptar.

—Perfectamente.

—¿Palabra?

—Sí... Adiós y silencio... Que quede entre nosotros.

Pasó al estudio, hizo una seña á su hijo, que se levantó y la siguió.

Una vez en la calle llena de gozo le dijo:

—¡Será rica. Es seguro!...

—Cuanto tiene.

—No lo sé... Será rica... Muy rica.

¡Adelante... y valor.

Una hora después la yegua blanca trotaba por el camino de Aubignac, Claudia llevaba las riendas flojas, el látigo caído y el pensamiento sumido en sueños de oro.

Decididamente su hijo había nacido con buce-estrella.

Sus esperanzas iban á realizarse.

Sería rico y sería notario.

Pero de la mano á la boca...

V

En la brecha.

La jardinera había vuelto á Aubignac en un estado de alegría fácil de comprender.

Conocía perfectamente el refrán «á hierro candente batir de repente.»

¡Sesenta mil francos!

¡Había arrancado sesenta mil francos, veinte mil escudos de Auvernia á un tunante que

no había dado á nadie en su vida ni veinte céntimos!

¡Que éxito!

Aun no había trascurrido la semana cuando todas sus baterías estaban ya dispuestas.

El sábado por la mañana, sobre las nueve y media, salió de la cocina y acercándose á una de las ventanas y con los brazos en jarras gritó con todas sus fuerzas.

—¡Aurora!

Un eco burlón repitió á lo lejos aquella voz agria, y el busto de la joven se inclinó fuera de la barandilla de una ventana del primer piso.

—Decidme—prosiguió la mujer del jardinero,—¿no vamos á tener el gusto de veros en todo el día?... ¡Holgazana!...

No era un reproche; era casi una caricia.

—¿Qué me queréis?

—¿No podríais ayudarme un poquito... encargarnos de poner la mesa?...

—¿Tenéis convidados?...

—¡El señor Pilet, que viene á almorzar!... ¡Es un amigo nuestro, un verdadero amigo!... ¡Y mi hijo!...

El rostro de la joven se contrajo.

—¡Bien, bien!—dijo.—¡No son más que las nueve!... ¡Tenemos tiempo!...

—¿Qué hacéis?

—Estoy terminando una carta.

—¿Para quién?

—Para mi amiga de la Sauvetière.

—¡Siempre con cartas!

Aurora iba á decir: «¡Ese es mi único placer!» pero se contentó con pensarlo.

La señora Chavarux prosiguió;